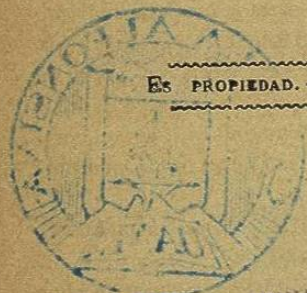


853

A

DP41

AA



Es PROPIEDAD. — 1884.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



BARCELONA

Cierta mañana lluviosa de Febrero, poco antes de salir el sol, mi pobre madre me acompañó hasta la escalera, repitiéndome precipitadamente los consejos que venía regalándome diariamente hacía un mes; me echó los brazos al cuello, rompió en amargo llanto y desapareció. Quedé un momento inmóvil, con el corazón oprimido, fijos los ojos en la puerta y á punto de gritar:

—¡Abre, madre mía, abre! ¡Ya no me marchó!
¡Quiero quedarme contigo!

Mas luego bajé á saltos la escalera como malhechor perseguido. Al hallarme en la calle, me pareció que entre mi casa y yo mismo se habían interpuesto las olas del mar y levantádose las cimas de los Pirineos, y ¡cosa extraña! no me sentía alegre á pesar de haber esperado aquel día con tanta impaciencia. Al doblar una esquina un médico amigo mío, que iba al Hospital, y á quien no había visto hacía tiempo, me preguntó:

—¿A dónde vas?

—A España,—respondíle.

Y no quiso creerme, pues mi semblante triste y melancólico, no parecía anunciar un viaje de recreo.

Durante el trayecto de Turin á Génova, ni un instante se apartó de mí el recuerdo de mi madre, ni pude olvidar tampoco mi insignificante biblioteca, ni mi pequeño cuarto que quedaba vacío, ni las dulces costumbres de la vida casera, á la que daba un adios por muchos meses. Pero cuando llegué á Génova, la vista del mar, los jardines de Acquasola y la compañía de Antonio Julio Barrilli, devolvieronme la paz y la alegría. Recuerdo que á punto de embarcarme en el bote que debía conducirme al buque, me entregaron una carta de un corredor de fondas, con estas solas palabras: "Malas noticias de España. La situación de un italiano en Madrid en época de lucha contra el Rey, sería peligrosa. ¿No desistes? Piénsalo bien." Salté á la barca y en marcha. Poco antes de salir el buque, quisieron darme su adiós! dos oficiales amigos: me parece verlos aún de pié en el bote, cuando el buque empezaba á moverse.

—"¡Oye, tú, que me traigas una espada de Toledo,—me gritaban.—¡Una botella de Jerez!—¡Una guitarra!—¡Un calañés!—¡Un puñal!"

Al poco rato solo ví sus blancos pañuelos y escuché sus últimos gritos. Quise contestarles, pero la voz se apagó en mi garganta. Me eché á reír y me pasé la mano por los ojos. A los pocos momentos me acomodé en el camarote, y sobrecogiéndome delicioso sueño, soñé con los consejos de mi madre, el portamonedas, Francia y Andalucía. Al despuntar el alba

dejé el lecho, y subí á cubierta: nos hallábamos á poca distancia de la costa, que era ya costa francesa, el primer pedazo de tierra extranjera que veían mis ojos. ¡Y cuán hermosa! no me saciaba de mirarla; vagos pensamientos cruzaban por mi mente, y me preguntaba extasiado: ¿pero en verdad es esto Francia? ¿Y soy yo quien se halla aquí? Hasta dudaba en aquellos momentos de la identidad de mi persona. A eso del medio día empezamos á ver Marsella. La primera vista de una gran ciudad marítima produce cierta especie de aturdimiento, que apaga el placer de la admiración. En estos instantes recuerdo como á través de densa niebla, un inmenso bosque de naves, un marinero que me habla incomprensible jerga, un carabiniero que me hace pagar, no sé en virtud de qué ley, diez céntimos para los Prusianos; despues un oscuro cuartito de fonda, luego unas calles interminables y mezquinas plazuelas; un continuo vaiven de gente y de carruajes; batallones de zuavos, uniformes militares para mí desconocidos, millares de luces, millones de voces y por último un fastidio y una profunda melancolía que acabaron en penosísimo sueño. —A la mañana siguiente: al despuntar el día, me hallé instalado en un vagon del ferro-carril, que vá de Marsella á Perpiñán, entre diez ó doce oficiales de zuavos, llegados de África la víspera, unos con muletas, otros con bastones, esotros con el brazo en cabestrillo, pero todos alegres y decidores como estudiantes. El viaje era largo y fué preciso buscar distracción; pero con lo que había oído contar, de la mala voluntad que nos profesan los franceses, no me atrevía á decir esta boca

es mía. ¡Tontería! Uno de ellos me dirigió de pronto la palabra:

—¿Es Vd. de Italia? Preguntóme.

—Sí, señor, de Italia soy.

Y aquello fué señal de fiesta y algazara. Todos, menos uno, habían combatido en mi patria. Uno de ellos había sido herido en Magenta; y allí empezó á contar anécdotas de Génova, de Turin, de Milan, haciéndome mil preguntas y describiendo la vida que llevaban en África. Alguno sacó á colación al Papa. —¡Malol!—dije para mí capote;—pero pronto comprendí que era más avanzado que yo.

—Debían ustedes cortar por lo sano y llegar hasta el fin, sin hacer caso de los campesinos.

A medida que nos íbamos acercando á los Pirineos, llamábame la atención el nuevo acento de los viajeros que entraban en nuestro departamento y la manera de morir la lengua francesa (si se me permite la frase) en la lengua española, al sentir la vecindad de España. Por fin, ya en Perpiñan, al subir á la diligencia escuché por vez primera las palabras agradables y sonoras: *buenos días y buen viaje*, que me causaron placer inmenso. Con todo, en Perpiñan no se habla español, sino un dialecto horrible, mezcla de francés, marsellés, y catalán, que desgarró el oído. La diligencia me dejó en una fonda, entre un caos de oficiales, señoras, ingleses y equipajes. Un mozo me hizo sentar quieras que no á una mesa, preparada de antemano. Comí, me saquearon, metieronme en la diligencia, ¡y en marcha otra vez! ¡Negra fortuna! Despues de haber deseado tanto tiempo

atravesar los Pirineos, debía pasarlos de noche. Antes de llegar á la falda del primer monte, era ya noche cerrada. Durante largas horas, entre el sueño y la vigilia, no ví más que trechos del camino alumbrados por la incierta luz del farol de la diligencia, negros perfiles de montañas, algunas rocas salientes que casi podía tocar extendiendo el brazo por las ventanillas del carruaje, y no oí otro ruido que el cadencioso galopar de los caballos y el silbido del viento que no cesó de soplar un sólo instante. Tenía al lado un jóven de los Estados-Unidos, el tipo más original del mundo, que no dejó de roncar un sólo instante, con la cabeza apoyada en mi hombro. De vez en cuando me despertaba él para exclamar con lamentable acento: *¡Qué noche!.. ¡Qué noche más horrible!* Sin parar mientes en que con su cabeza me daba motivos, más que suficientes para lamentarme tambien yo de aquella noche. En la primera parada bajamos ambos y entramos en un pequeño meson para beber licor. Preguntóme si viajaba por asuntos comerciales.

—No señor, —le contesté, —viajo por recreo. ¿Y Vd.? si no soy indiscreto...

—Yo—díjome con gravedad,—viajo *per amore*.

—¿*Per amore?*

—¡*Per amore!*

Y me espetó una larga historia de una pasión amorosa contrariada, de un matrimonio frustrado, de un raptó, un duelo y no sé cuantas cosas más, añadiendo que viajaba con objeto de distraerse y olvidar á la persona amada. Y buscaba realmente la manera de distraerse cuanto le era dable, porque en cuantos me-

sones entramos despues hasta llegar á Gerona, no hizo más que requebrar á las criadas, siempre con mucha gravedad (justo es decirlo), pero con una audacia que no bastaba á justificar el deseo de distraerse. A las once de la madrugada llegamos á la frontera.

—¡Estamos en España!—dijo no sé quién.

Paróse la diligencia: descendimos otra vez el americano y yó y entramos con mucha curiosidad en una hostería, deseosos de ver á los primeros hijos de España entre las paredes de su casa. Encontramos media docena de carabineros, el mesonero, su mujer y sus hijos, sentados al rededor de un brasero. Híceles muchas preguntas, contestáronme con vivacidad é ingenio tales, que me dejaron realmente sorprendido, pues creía que los catalanes era gente dura y de muy pocas palabras, segun había leído en los diccionarios geográficos. Les pedimos de comer y nos sirvieron el famoso chorizo español, especie de salchichon, relleno de pimienta, que abrasaba la boca, y una botella de vino dulce y pan duro.

—Y bien, ¿cómo va vuestro rey?—les pregunté despues de haber tragado los primeros bocados.

El carabinero á quien había dirigido la palabra, quedó al principio un poco turbado, me miró, miró á los demás y dióme, por fin, la siguiente curiosa respuesta:

—Está reinando.

Todos se echaron á reir, y mientas buscaba una pregunta algo más apremiante, noté que me decían al oído: *¡sí es un republicano!* Volví la cabeza

y ví al mesonero que miraba al techo afectando indiferencia:

—He comprendido—le dije. Y varié en seguida de conversacion. Al subir á la diligencia, mi compañero y yo nos reímos de la advertencia del mesonero; maravillados ambos de que tuviera en tanto, persona de su clase, las opiniones políticas de un carabinero. No obstante, en el meson donde bajamos despues, oímos cosas muy distintas. En todos hallamos al dueño, ó á un concurrente leyendo en alta voz el diario y en torno un círculo de lugareños escuchando. De vez en cuando era interrumpida la lectura, engolfándose los oyentes en una discusion política que yo no entendía, porque hablaban en catalan, pero de la cual sacaba en claro la opinion reinante, sirviéndome de norma el diario cuya lectura había escuchado. Pues bien, debo decir que en todos aquellos círculos se respiraba un airecillo republicano capaz de crispar los nervios al más intrépido amadeista. Uno, entre otros, hombre de aspecto fiero y de voz bronca, despues de haber perorado en medio de un círculo de mudos oyentes, volvióse á mí, creyéndome francés, gracias á mi acento nasal, y me dijo con mucha solemnidad:

—Oiga Vd. una cosa, caballero.

—¿Qué he de oír?—le contesté.

—Que España es más desgraciada que Francia. Dicho lo cual se puso á pasear por la sala con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho. Oí que otros muchos hablaban confusamente de las Cortes, de los ministros, de ambiciones, de traidores y de otras cosas terribles. Una sola persona, una mu-

chacha de un restaurant de Figueras, al saber que yo era italiano, me dijo sonriendo.

—Ahora tenemos un rey italiano. Y al poco rato, cuando se iba, añadió con graciosa sencillez:

—A mi me gusta mucho.

Era aún de noche, cuando llegamos á Gerona, donde el rey Amadeo, recibido, segun se dice, con agasajo, colocó una lápida en la casa que habitó el general Alvarez durante el célebre sitio de 1809. Atravesamos la ciudad, que nos pareció inmensa, muertos de sueño como íbamos, é impacientes por echarnos á dormir en el ferro-carril. Llegamos por último á la estacion, y al alba salimos para Barcelona. ¡Dormir! Era la primera vez que veía salir el sol en España, ¿cómo podía dormir? me asomé á una ventanilla y no retiré la cabeza hasta Barcelona. ¡Ah! ¡No hay placer comparable al que se experimenta cuando se llega á un país desconocido, con la imaginacion dispuesta á ver cosas nuevas y maravillosas, con mil recuerdos de fantásticas lecturas en la cabeza, sin cuidados ni pensamientos enojosos! Penetrar en este país, pasear ávidamente la mirada por todas partes, buscando algo que nos haga comprender, por si lo ignorábamos, que nos hallamos allí; reconocerlo poco á poco, aquí por el vestido de un campesino, allá por una planta, más léjos por una casa; ver, á medida que se avanza, cómo se multiplican estos indicios, estos colores, estas formas, y compararlo todo con la idea formada anticipadamente; hallar pasto para la curiosidad en cuanto sorprende la mirada y en cuanto llega á nuestro oído, en las caras, en los acentos, en los

gestos, en las palabras; lanzar un ¡oh! de estupor á cada paso; sentir que nuestra mente se ensancha y se ilumina; desear á la vez llegar en seguida al país que no llega nunca; impacientarse por verlo todo; preguntar mil cosas al vecino, tomar un apunte de un pueblo ó dibujar al vuelo un grupo de campesinos; exclamar diez veces: "Ya he llegado" y pensar que un día lo narrará uno punto por punto... es en verdad el más vivo y el más variado de los placeres humanos.

La parte de Cataluña que se recorre desde Gerona á Barcelona, es muy vária, fértil y admirablemente cultivada. Una sucesion de valles, ceñidos por colinas de graciosas formas, con bosques frondosísimos, torrentes, gargantas y castillos antiguos. Por todas partes vegetacion espléndida y robusta, que recuerda el severo aspecto de los valles de los Alpes. Realza el paisaje el pintoresco traje de los campesinos, que responde de modo admirable á la altivez del carácter catalan. El primero que ví iba vestido de piés á cabeza de terciopelo negro: llevaba en torno del cuello especie de tapabocas á listas blancas y encarnadas, y en la cabeza un gorro á la zuava, de color rojo subido, que le caía sobre los hombros; algunos usaban polainas de piel, con botones hasta la rodilla; otros calzaban zapatos de tela, á modo de sandalias, con la suela de cuerda, abiertos por delante y atados alrededor del pié con una cinta negra cruzada; en una palabra: un traje elegante y al propio tiempo severo. No hacía mucho frío, pero todos iban embozados en su manta ó tapabocas enseñando únicamente la punta de la nariz y la del cigarrillo;

parecían caballeros que salían del teatro, no ya por la manta en sí, sino por el modo de llevarla, colgando de un lado, como caída al azar, pero con ciertos pliegues y ondulaciones, que le prestan la gracia de una mantilla y la majestad de un manto. En todas las estaciones del ferrocarril había tipos semejantes, algunos con mantas de distinto color, no pocos vestidos de paño fino y nuevo, casi todos sumamente limpios y guardando cierta dignidad y apostura que daban mayor realce á sus pintorescos trajes. Pocas caras morenas, tendiendo al blanco en su mayoría; los ojos negros y vivos, pero sin el fuego y movilidad de la mirada andaluza. Al paso que se avanza van apareciendo villas, casas, puentes, acueductos, en una palabra, todo cuanto anuncia la vecindad de las populosas y ricas ciudades comerciales. Granollers, San Andrés de Palomar, Clot, se hallan rodeados de fábricas, quintas de recreo, huertas y jardines. Por las calles se ven grandes hileras de carros, grupos de paisanos, y soldados. Las estaciones del ferrocarril, invadidas por numerosa muchedumbre, de tal modo, que quien no lo supiera de antemano creería estar atravesando una provincia de Inglaterra, y no una provincia de España. Pasada la estación de Clot, que es la última antes de llegar á Barcelona, se ven por todos lados grandes edificios de piedra, largas cercas, inmensos rimeros de materiales de construcción, chimeneas, fábricas y operarios; siéntese sordo rumor, confuso y creciente, cual si fuera el aliento fatigoso de la gran ciudad que se agita y trabaja. Por último, de una mirada se abarca Barcelona entera, el

puerto, el mar, una diadema de colinas, todo en un momento y se encuentra uno en la estación con la sangre agitada y la cabeza confusa. Un coche, grande como un vagón, me condujo del ferrocarril á la fonda más cercana, en la cual oí en seguida hablar italiano. Confieso que me causó gran placer, cual si me hallara á inmensa distancia de Italia, después de un año de viaje. Pero fué un placer que duró poco. Un camarero, el mismo á quien había oído hablar, me acompañó al cuarto que me destinaron, y comprendiendo seguramente por mi sonrisa que yo debía ser compatriota suyo, me preguntó con galantería:

—*Finisce di arrivare?*

—*Finisce di arrivare!* — le pregunté á mi vez abriendo los ojos sorprendido.

Debo hacer notar que en español la frase *acabar* (*finire*) de hacer una cosa, corresponde á la frase francesa *venir de faire*. Por esto no entendí al pronto lo que me preguntaba.

—Sí—añadió el camarero,—domando si el *cavaliere* discende *ora medésimo* dal *cammino* di ferro?

—"Ora medésimo! Cammino di ferro!" Pero ¿qué clase de italiano hablas, amigo mío?

Quedóse un poco desconcertado. Luego supe que en Barcelona hay gran número de camareros de fonda, mozos de café, cocineros y criados de todas clases, en su mayoría de la provincia de Novara, que parten para España muchachos todavía, y hablan esta horrible jerigonza, mezcla de francés, italiano, castellano, catalán y piemontés, no con los españoles, se

entiende, porque el español lo han aprendido todos, pero sí con los viajeros italianos con el deseo de hacer creer que no han olvidado la lengua natal. Por esto he oído decir á muchos catalanes: "Entre vuestro idioma y el nuestro hay muy poca diferencia." ¡Sí, por cierto! Podría añadir ahora lo que me dijo un corista castellano con tono de bondadosa altanería á bordo del buque, que cinco meses despues me condujo á Marsella: "La lengua italiana es el más hermoso de los dialectos que se han formado de nuestro idioma."

Apenas repuesto de la fatiga que la *terrible noche* del paso de los Pirineos me había ocasionado, salí de la fonda y me eché á pasear las calles. Barcelona, por su aspecto, es la ciudad menos española de España. Grandes edificios, de los cuales pocos son antiguos, anchas calles, plazas regulares, tiendas, teatros, espléndidos cafés, y un incesante vaiven de gentes, coches y carros de la orilla del mar al centro de la ciudad y de allí á los barrios extremos, lo mismo que en Génova, Nápoles y Marsella. Una calle anchísima y recta, llamada la Rambla, adornada con dobles hileras de árboles, atraviesa casi por el centro de la ciudad, desde el puerto hácia arriba; un espacioso paseo, adornado con edificios nuevos, se extiende á lo largo de la costa, sobre alta muralla terraplenada, contra la cual se estrellan las olas del mar. Un importantísimo barrio, casi una ciudad nueva, se levanta al Norte, y por todas partes nuevos edificios rompen la antigua muralla, esparciéndose por el campo y alejándose en interminables líneas hasta los pueblos ve-

cinos. En todas las colinas de los alrededores se elevan quintas, fábricas, pequeños palacios que se disputan el terreno y se aprietan, mostrando su cabeza unos tras otros, formando grandiosa corona á la antigua ciudad. Por todas partes se construye, se transforma, se renueva: el pueblo trabaja y prospera: Barcelona adelanta.

Eran los últimos días de Carnaval. Las calles se hallaban invadidas por inmensa muchedumbre de gigantes, diablos, príncipes, moros, guerreros y por una cabalgata de figurones, que por mi desgracia me salían siempre al paso, vestidos de amarillo, con una larga caña en la mano, de cuyo extremo pendía una bolsa que metían por las narices á todo el mundo en tiendas, ventanas, hasta en los balcones de los cuartos principales de las casas, pidiendo una limosna no se á nombre de quién, pero destinada á pagar seguramente alguna clásica francachela en la última noche de Carnaval. Lo más bonito que ví fué la mascarada de los niños. Se acostumbra vestir á los chiquillos menores de ocho años de hombre, á la francesa, en traje de baile, con guante blanco, sendos bigotes y peluca; de grandes de España, cubiertos de cintas y pingajos; de payeses con barretina y *manta*. Las niñas, de damas de Corte, de amazonas, de poetisas con la lira y la corona de laurel: y unos y otras tambien con trajes de las distintas provincias de la Nación, una de jardinera de Valencia, otra de gitana andaluza, cuál de montañés vascongado, el traje más hermoso y pintoresco que se pueda imaginar. Los padres los llevan de la mano por el paseo, viniendo á ser aquello tor-

neo de buen gusto, de capricho y de lujo, en el cual el pueblo toma parte con gran contentamiento.

Mientras buscaba el camino para ir á la catedral, encontré un grupo de soldados españoles. Me paré á mirarlos, comparándolos con la pintura que de ellos hizo Baretti, cuando dice que le asaltaron en la posada tomándole uno la ensalada del plato, mientras otro le arrebatava de la boca una pata de pavo. Es necesario confesar que desde entonces han variado mucho. A primera vista los tomaría cualquiera por soldados franceses, pues usan como éstos pantalones encarnados y capote azul gris que les baja hasta la rodilla. Sólo noté alguna diferencia en el sombrero. Los españoles llevan un casquete, morrion, ó como quiera llamársele, de forma particular, achatado por detrás, encorvado por delante, provisto de una visera que les tapa la frente, de fieltro gris, sumamente ligero, que lleva el nombre (*ros*) de su inventor. Ros de Olano, general y poeta, que tomó el modelo de su sombrero de caza. La mayor parte de los soldados que ví, todos de infantería, eran jóvenes de baja estatura, morenos, esbeltos, limpios como puede serlo el soldado de un ejército cuya infantería fué sin duda la más ligera y vigorosa de Europa. Hoy todavía los infantes españoles gozan fama de incansables andadores y de corredores ligerísimos. Son sóbrios, altivos y llenos de un orgullo nacional de que no es posible formarse idea exacta sin haberlos tratado muy de cerca. Los oficiales usan como los italianos, levita azul oscuro corta, que cuando no están de servicio llevan abierta mostrando el chaleco abrochado hasta el cue-

llo. En las horas libres no ciñen espada y en las marchas, como los soldados, usan polainas de paño negro hasta las rodillas. Un regimiento de infantería en traje de campaña, presenta un aspecto elegante y marcial á la vez.

La catedral de Barcelona, de estilo gótico, con sus atrevidas torres, es digna de figurar al lado de las más bellas de España. El interior lo forman tres grandes naves, separadas por dos órdenes de altísimas columnas de forma esbelta y atrevida. El Coro, en mitad de la iglesia, está adornado con profusion de bajo-relieves, filigranas y estatuillas. Bajo el Santuario se abre una capilla subterránea, iluminada constantemente, en medio de la cual se encuentra la tumba de Santa Eulalia, que se vislumbra por pequeñas ventanas abiertas alrededor del Santuario. Dice la tradición, que los verdugos de la Santa, que era hermosísima, antes de darle muerte quisieron verla desnuda, pero al rasgar el último velo, la envolvió sutil nube, ocultándola á las impúdicas miradas. Su cuerpo se halla aún entero y lozano como en vida, y no hay ojos humanos que resistan el contemplarla. Un obispo incauto que á fines del último siglo quiso copiar la tumba y ver los sagrados despojos, cegó al punto de mirarlos. En una pequeña capilla, tras del altar mayor, profusamente iluminado con cirios, se contempla un Santo Cristo de madera pintado, algo torcido hacia un lado. Dícese que el Cristo aquel se hallaba en una nave española en la batalla de Lepanto, y que desvió su cuerpo, evitando así el choque de una bala de cañon que iba recta á su pecho. De la bóveda de